

ya habia venido á dar, hasta ver si acaso se descubria algun otro mejor rumbo que seguir.

Así aquel Fausto, que para otros muchos habia sido lazo de la muerte, fue, sin quererlo él ni saberlo, quien comenzó á aflojarme el lazo en que antes estaba yo cogido y preso. Porque vuestras manos, Dios mio, en lo oculto de vuestra providencia no desamparaban á mi alma : al mismo tiempo mi madre os ofrecia en sacrificio por mí la sangre de su corazon en las continuas lágrimas que de dia y de noche derramaba, y Vos, Señor, me favorecisteis por unos medios verdaderamente maravillosos. Sí, Dios mio, Vos lo hicisteis : porque *entonces quiere el hombre seguir vuestro camino, cuando Vos mismo sois el que gobernais sus pasos*. Ni ¿quién es el que puede manejar el negocio de nuestra salvacion, sino vuestra mano que restablece las obras que ella misma hizo?

NOTA.

Los libros, en que casi consistia toda la ciencia de *Manés*, los heredó este, con los demás bie-

nes de su señora (que era una persiana viuda y rica, de quien él habia sido esclavo); de los cuales fue autor un tal Escition Escita, quien tuvo por discípulo á Terbinto, el cual murió en casa de aquella señora viuda, y le dejó aquellos libros de su maestro. Recogiólos *Manés*, y les añadió muchas fábulas y desvarios, arrogándose el título de autor de ellos. Este fue el principio de la secta de *Manés*; y el fin de él fue morir desollado vivo hácia el año 278.

CAPÍTULO VIII.

Como se partió á Roma contra la voluntad de su madre.

14. Vos, Señor, hicisteis que me persuadiesen el ir á Roma, y que era mejor enseñar allí lo que enseñaba en Cartago. Y no quiero dejar de confesaros lo que me movió á tomar este partido, porque en todas estas cosas se debe reconocer lo inaccesible de vuestros altísimos juicios, y contemplar y alabar vuestra misericordia, tan prontísima para favorecerernos.

No quise, pues, ir á Roma, por tener allí mayores intereses y alcanzar mayor honra y dignidad, como me lo prometian seguramen-

te los amigos que me aconsejaban el viaje, aunque tambien todo esto movia entonces mi ánimo; pero la causa principal y casi única, que me movió, fue haber oido que los jóvenes que estudiaban en Roma eran mas quietos, y se sujetaban de tal suerte al mas bien ordenado método de disciplina, que no se entrometian frecuente y desvergonzadamente en la clase ó aula de otro maestro que no fuese el suyo, ni absolutamente se les permitia entrar sin su licencia. Lo contrario se acostumbraba en Cartago, donde es tan torpe y destemplada la licencia de los estudiantes, que se entran violenta y desvergonzadamente en cualquier aula, y casi con un furioso descaro perturban aquel orden que cada maestro tiene establecido para el aprovechamiento de sus discípulos. Cometan con increíble insolencia muchos agravios é injurias, que debian ser castigados por las leyes, si no los patrocinara la costumbre; que los muestra ser tanto mas infelices, cuanto ya ejecutan como lícito lo que nunca lo será por vuestra ley eterna. Ellos juzgan que quedan sin castigo aquellos agravios que hacen, estando su castigo en la misma ceguedad con que los

hacen, y padeciendo ellos sin comparacion mayores males que los que causan á los otros.

Pues aquellas malas costumbres que no quise yo tener cuando aprendia, me veia obligado á sufrirlas en otros cuando enseñaba, y por eso gustaba de irme á Roma, donde no habia aquellos desórdenes, como me lo aseguraban todos los que lo sabian. Pero á la verdad, *Vos, Señor, que sois mi esperanza y mi posesion en la tierra de los vivos*, para que yo mudase de lugar y tierra (por convenir así á la salud de mi alma), por una parte me poniais estímulos en Cartago para arrancarme de allí, y por otra me proponiais atractivos en Roma para llevarme allá. Esto lo haciais por medio de unos hombres que aman esta vida mortal, de los cuales unos ejecutaban locuras, y los otros me prometian vanidades; y Vos, Señor, para corregir mis pasos, os valiais ocultamente de su perversidad y de la mia. Porque los que perturbaban mi reposo estaban furiosamente ciegos; y los que me incitaban al viaje estaban poseidos de aficiones terrenas; y yo que en Cartago aborrecia una verdadera miseria, apetecia en Roma una felicidad falsa.

Vos sabiais, Dios mio, por qué me convenia dejar aquella ciudad y caminar á la otra; pero ni á mí me lo disteis á entender, ni tampoco á mi madre, que mi partida la sintió de muerte, y me siguió hasta la orilla del mar. Yo la engañé cuando ella me tenia asido fuertemente, precisándome ó á dejar mi viaje, ó á llevarla en mi compañía : le hice creer con engaño, que mi intento era solamente acompañar á un amigo, hasta que tuviese viento favorable con que hacerse á la vela. Así engañé á mi madre, y á tal madre, y me escapé : y Vos me habeis perdonado esta mentira por vuestra misericordia, y aunque estaba lleno de abominables manchas, me guardásteis de las aguas del mar, hasta que llegase al agua de vuestra gracia, y lavado con ella se secasen los rios de lágrimas que mi madre derramaba por mí todos los dias, regando con ellas la tierra en que se postraba en vuestra presencia.

No obstante rehusando ella volverse sin mí, me costó mucho trabajo persuadirla á que pasase aquella noche en una capilla dedicada á san Cipriano, que estaba cerca del puerto. Como quiera, en aquella misma no-

che me partí secretamente; y ella se quedó orando y derramando lágrimas.

¿Y qué era, Dios mio, lo que mi madre os pedia con tan copiosas lágrimas, sino que impidiéseis mi navegacion? Pero Vos providenciando mi salud con sabiduría investigable y oyendo benignamente su súplica en cuanto al punto principal de sus deseos, no cuidásteis de lo que entonces os pedia, para que algun dia viesse que obrábais en mí lo que ella continuamente os suplicaba.

Sopló el viento, y llenando nuestras velas, brevemente perdimos de vista la ribera en la cual mi madre á la mañana siguiente hacia extremos de dolor, y clamaba á Vos con quejas y gemidos de que Vos al parecer no hacíais caso; siendo así que á mí me dejábais arrebatar de mis mundanas codicias y deseos, para que se acabasen de una vez en mí esos mismos deseos y codicias; y al mismo tiempo castigábais en mi madre, con el justo azote de su dolor y pena, lo que habia de carnal y terreno en el amor y deseos que de mí tenia. Porque ella deseaba estar en mi presencia como otras madres en la de sus hijos, pero lo deseaba mucho mas que todas; y es que no

sabia los grandes gozos que le habíais Vos de dar por mi ausencia. No lo sabia, y por eso lloraba y se lamentaba tanto, siendo aquellos tormentos que padecía consecuencias tristes del castigo de Eva, pues buscaba gimiendo con dolor lo que habia parido con dolor. Y finalmente después de haberme acusado de engañoso y de cruel, volviendo á su continua ocupacion de suplicaros por mí, se fué á seguir su acostumbrado método de vida, mientras yo seguia el camino de Roma.

CAPÍTULO IX.

Como enfermó en Roma con tan grave calentura, que le puso á peligro de la vida.

17. Apenas llegué á Roma, fue mi recibimiento ser castigado con el azote de una enfermedad corporal, y me iba á los infernos, llevando conmigo todos los pecados que habia cometido contra Vos, contra mí y contra mis prójimos, que eran muchos y graves además del pecado original *con que todos morimos en Adán*: porque ninguno de ellos me habíais perdonado en Cristo, *ni su cruz habia*

puesto fin á las enemistades que con Vos habia yo contraido por mis pecados. ¿Y cómo las habia de haber deshecho y concluido, estando yo en la creencia de que era un fantasma y cuerpo aparente el que fue crucificado? Así tan verdadera era la muerte de mi alma, como falsa me parecia á mí la muerte de Jesucristo; y tan verdadera era su muerte, como falsa la vida de mi alma, que no lo creia. Agravándose, pues, mis calenturas, ya iba perdiendo la vida temporal y eterna, porque ¿á dónde fuera yo, si hubiese muerto entonces, sino al fuego y á los tormentos que correspondian á mis malas obras, segun la verdad de vuestra providencia?

No sabia esto mi madre, pero os rogaba por mí aunque estaba ausente; y Vos que estais presente en todas partes, la oíais y teníais misericordia de mí, para que recobrase la salud de mi cuerpo, estando todavía mi alma delirante en su impiedad sacrilega. Porque aun estando en aquel tan gran peligro, ni siquiera deseé recibir vuestro bautismo; que mejor era yo cuando muchacho, pues se le pedí entonces á mi piadosa madre, como ya tengo referido y confesado. Yo habia cre-

cido para afrenta mía, y loco y desatinado me burlaba de aquel remedio que Vos habíais preparado para vuestras almas; pero Vos no me dejásteis morir, que hubiera sido morir dos veces, y para el corazón de mi madre tan penetrante herida, que jamás hubiera sanado de ella. Porque no puedo explicar bastante el tiernísimo amor que me tenía, y con cuánto mayor cuidado procuraba dar á mi alma el ser y vida de la gracia, que el que tuvo para darme á luz al mundo.

17. Así no veo cómo sanaría mi madre de aquel golpe; pues mi muerte, y en tan mal estado, le hubiera traspasado sus amorosas entrañas. Y ¿dónde estarían ya tantas y tan continuas oraciones como por mí os hacía sin cesar, y que en ninguna parte dejaba de dirigir á Vos? Mas ¿por ventura, Señor, siendo Vos Dios de las misericordias, *habíais de despreciar el corazón contrito y humillado de aquella viuda casta y abstinentes, que hacía tantas limosnas y servía con toda sumisión á vuestros santos*, que no dejaba pasar día ninguno sin contribuir con su ofrenda para el sacrificio del altar², y que dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde, venía á

vuestra iglesia sin faltar jamás, no para ocuparse en vanas conversaciones y habladurías de viejas, sino para oír lo que Vos le hablabais en vuestros sermones por boca de vuestros ministros, y para que Vos la oyésteis á ella en sus oraciones? Pues Vos, Señor, ¿habíais de despreciar las lágrimas de una mujer como esta, con las cuales no os pedía oro ni plata, ni otro algún bien terreno mudable y transitorio, sino la salud del alma de su hijo? Vos, con cuya gracia era ella tan virtuosa, ¿habíais de despreciar sus oraciones y lágrimas, y le habíais de negar vuestro favor y auxilio? De ningún modo, Señor; antes bien estábais presente á sus oraciones, las oíais, y hacíais lo que en ellas os pedía, pero procediendo con el orden que estaba determinado en vuestros decretos eternos. No es imaginable que la hubiésteis engañado en aquellas visiones y toques interiores que de vuestra parte había recibido (de las cuales unas he contado y otras he omitido), y todas las tenía ella muy presentes y fijas en su alma, y siempre en sus oraciones os las proponía como firmas de vuestra mano que estábais obligado á cumplir. *Pues por ser infinita vues-*

tra misericordia, os dignais de obligaros con vuestras promesas, y haceros deudor de aquellos mismos á quienes perdonais todas sus deudas.

NOTAS.

¹ Esta palabra *Santos* se toma muchas veces en la sagrada Escritura, para significar todos los que de algun modo están dedicados al culto de Dios: así unas veces significa solamente los fieles; otras los legos que hacian profesion de seguir una vida mas austera y pura que los demás: ya significa los religiosos, vírgenes y viudas consagradas por estado á vivir en continencia; ya tambien los clérigos destinados al ministerio de los altares.

² Todos los fieles de la primitiva Iglesia (á excepcion de los pobres) contribuian al sacrificio de la misa, mediante la ofrenda de pan y vino que llevaban al templo, y se ponía todo sobre el altar; de lo cual solamente se consagraba una parte, reservándose todo lo demás para el sustento de los pobres y de los ministros de la Iglesia. Se tenia gran cuidado de poner en un catálogo los nombres de los que hacian estas ofrendas, y se leian públicamente y en voz alta antes de la consagracion. Y esto dice san Agustin practicaba todos los dias su santa madre, sin dejar un dia nunca, ni faltar jamás al sacrificio de la misa.

Bien pudiera tambien entenderse en este pasaje

lo que algunos entendieron probablemente; esto es, que no hablaba aquí san Agustin precisamente de las oblaciones ú ofrendas que hacia santa Mónica determinadas al sacrificio de la misa; sino de la ofrenda que se hacia para los pobres, llamada *agapes*, como se verá mas abajo en el libro VI, cap. II.

CAPÍTULO X.

De los errores en que andaba antes de recibir la doctrina evangelica.

18. Vos, Señor, me sanásteis de aquella enfermedad, y sacásteis á salvo al hijo de vuestra sierva, dándome por entonces salud en el cuerpo, para darme despues mejor y mas segura salud en el alma. Tambien me juntaba en Roma por aquel tiempo con aquellos engañados y engañadores maniqueos que ellos llamaban *santos*; pues no solo trataba con los llamados *oyentes* ¹, de cuyo número era mi huésped, en cuya casa habia pasado mi enfermedad y convalecencia, sino tambien con los que llamaban *electos*.

Todavía estaba yo en la creencia de que no somos nosotros los que pecamos, sino que otra, no se cuál, naturaleza pecaba en nos-

otros, y se deleitaba mi soberbia con imaginarme libre de toda culpa, y cuando hiciese algo malo, con no confesar que era yo quien lo habia hecho, *para que sanárais mi alma, pues os ofendia*: antes gustaba de disculparla, echando la culpa á no sé qué otra cosa que estaba conmigo, pero qué no era yo.

Mas á la verdad yo era todo aquello, y contra mí mismo me habia dividido mi impiedad; y aquel era mi mas incurable pecado, con el cual yo creia que no era pecador: era la iniquidad mas execrable, querer mas el que Vos, Dios mio todopoderoso, fuéreis vencido por mí para mi perdicion y daño, que el ser yo vencido por Vos para mi salud y provecho. *No habiais puesto todavía guarda á mi boca, ni puerta que cerrase mis labios*, para que mi corazon no se inclinase á las perversas palabras y doctrinas, con que en compañía de aquellos hombres pecadores y maniqueos disculpaba y daba por buenas las excusas en los pecados: así todavía estaba yo mezclado con sus *electos* ².

19. No obstante habiendo enteramente perdido la esperanza de hacer algun progreso en aquella falsa doctrina, aun en aquellos

puntos en que yo habia determinado perseverar, interin no hallase otra cosa mejor, ya los miraba y sostenia con disgusto y negligencia. Además de eso se me ofreció tambien el pensamiento que aquellos filósofos que llaman *académicos* ³, habian sido mas sábios y prudentes que todos los demás, porque defendian y enseñaban que de todas las cosas debíamos dudar, y que ningun hombre podia llegar á comprender ni una sola verdad.

Esta me parecia haber sido claramente su sentencia (y así se juzga vulgarmente), porque aun no penetraba ni entendia bien su sistema. Y no dejé de apartar á mi huésped de la demasiada confianza que conocí tenia en aquella multitud de fábulas de que están llenos los libros de los Maniqueos.

Sin embargo yo trataba mas familiar y amistosamente con estos que con los otros hombres que nunca habian seguido aquella herejía. Bien es verdad que no la defendia ya con aquella eficacia y fervor que antes acostumbraba; pero el continuo trato con los de aquella secta (que ocultamente tenia muchos secuaces en Roma), me hacia menos diligente para buscar otro rumbo de doctrina;

especialmente habiendo yo perdido la esperanza de poder hallarse la verdad en vuestra Iglesia, de donde ellos me habian apartado. Parecíame cosa torpísima el creer que Vos, soberano Señor de cielo y tierra, Criador de todas las cosas visibles é invisibles, tuviéseis figura de carne humana, que constase de miembros corporales como los nuestros, y de una cantidad y extension determinada. La causa principal y casi única que hacia que fuese mi error inevitable, era que siempre que yo queria pensar en mi Dios, no acertaba á pensar, ni se me representaba otra cosa que cantidades corpóreas, por estar yo persuadido á que no habia cosa alguna que no fuese cuerpo.

20. De aquí nacia que tambien al mal le aprendia yo como una cierta sustancia corpórea, que tenia su correspondiente magnitud oscura y fea, sustancia que ó era gruesa y pesada, y la llamaban tierra; ó era leve y sutil como el cuerpo del aire, y la llamaban espíritu maligno, el cual imaginaban ellos que se introducía y se calaba en aquella otra sustancia llamada tierra. Y como la piedad (por corta que en mí fuese) me obligaba á

creer que un Dios bueno no habia de haber criado una naturaleza mala, establecia yo dos sustancias grandes y corpulentas, contrarias entre sí y entrambas infinitas, pero con la diferencia que la mala era menor, y la buena mayor. Vé aquí el principio pestilencial de donde se originaban las demás doctrinas sacrilegas; porque intentando mi alma recurrir á buscar la verdad en la doctrina católica, me hacia retroceder y desistir de mi intento la idea que yo me habia formado de ella, juzgando por doctrina católica la que verdaderamente no lo era.

Me parecia mas conforme á la piadosa idea que debia tener de Vos, Dios mio (cuyas misericordias usadas conmigo son motivo de eternas alabanzas), creer que por todas partes érais infinito; aunque me viese obligado á confesar que no lo érais por una sola parte, esto es, por parte de la contrariedad y competencia que teniais con la sustancia del mal; que creer ó imaginar que por todas partes érais finito, atribuyéndoos los miembros y figura del cuerpo humano.

Tambien me parecia que mejor era creer que Vos no habiais criado mal alguno, que

creer que habíais criado la naturaleza del mal del modo que yo le imaginaba; pues como ignorante creía que el mal no solamente era sustancia, sino tambien corpórea; porque no sabía imaginar que el espíritu fuese otra cosa que un cuerpo sutil que se esparcía por los espacios y lugares.

Tambien á vuestro unigénito Hijo y nuestro Salvador, de tal modo le contemplaba haber salido de aquella masa y cuerpo lucidísimo que yo os atribuía, para que obrase nuestra salud, que no creía de él otra cosa, sino lo que mis vanas imaginaciones podían alcanzar. Así pensaba que una tal naturaleza no podía haber nacido de la Virgen María, sin mezclarse é incorporarse con la carne; y no me parecía posible que se mezclase de este modo con la carne aquel ser y naturaleza lucidísima que yo le atribuía, y que no se manchase. De suerte que rehusaba creer que Jesucristo hubiese nacido en verdadera carne humana, por no verme obligado á creer que se había manchado con la carne misma.

Al llegar aquí, supongo que vuestros siervos y personas espirituales se reirán de mí amorosa y caritativamente, si leyeren estas

mis Confesiones; pero ello es cierto, que yo era tal como lo digo.

NOTAS.

¹ Ya se ha dicho mas arriba, que los oyentes entre los Maniqueos eran como los catecúmenos entre los Cristianos; y así no estaban enteramente instruidos en todos los misterios de su secta, porque todavía no estaban incorporados ó no hacían un cuerpo con ellos; por lo cual no eran propia y verdaderamente maniqueos sino aquellos que se llamaban electos.

Así, cuando dice que se juntaba y trataba con los Maniqueos, no solo con los oyentes, sino tambien con los electos, da á entender que les oía sus pláticas, doctrinas y lecciones como uno de sus discípulos, pero nunca llegó á ser de los electos, y verdaderamente maniqueos, como él mismo testifica en el libro: *De utilitate credendi*, cap. 1.

Entre los electos habia trece llamados *maestros*, uno de los cuales presidía á los demás, y todos ellos juntos ordenaban á sus obispos, que tenían el número fijo de setenta y dos. Estos obispos se hacían de los electos, como tambien los presbíteros y diáconos, á quienes escogían los obispos y los ordenaban. Como los electos pasaban por raza ó estirpe sacerdotal, iban á misiones, y suplían por los obispos, presbíteros y diáconos, ó les ayudaban en sus respectivos ministerios.



Maniqueo habia instituido un método de vida á los electos, que les era muy penoso y duro; porque su ley no les permitia comer ni carne, ni huevos, ni leche, ni peces; ni tampoco beber vino. No les era permitido, aunque fuese para su sustento arrancar una yerba, cortar una hoja de un árbol, ni coger de él fruto alguno arrancándole con su mano. Ayunaban rigurosamente los domingos y lunes en reverencia del sol y de la luna: y por estos ayunos los distinguían y reconocían los Cristianos. Hacían profesion de guardar continencia, y de abstenerse de tomar baños, por lo que andaban pálidos, consumidos y desfigurados; pero era porque ellos se procuraban artificiosamente un exterior penitente y mortificado; aunque en lo oculto tenían una vida muelle, delicada, regalona, deliciosa y muy desahogada: eran muy dados á mujeres y no observaban ninguno de sus estatutos, como san Agustin les echa en cara muchas veces en sus escritos. No hablo de sus misterios y ritos, en los cuales la impureza y la abominacion habian llegado á lo sumo.

² Como David en este versículo 4 del salmo cxi. usa de la palabra *electos*, *cum electis eorum*; se le apropia á sí con gracia y hermosura san Agustin, para acusarse de que *comunicaba con los electos* de los Maniqueos.

³ El dudar de todo, y enseñar que todo era dudoso, es lo que siempre se ha atribuido á la secta de los académicos; si bien privadamente creían que el descubrimiento de la verdad estaba totalmente en la percepcion de los sentidos. Pero no se atrevían á decirlo, temiendo que los epicúreos, y otros filóso-

fos semejantes, convirtiesen en veneno este principio y máxima, que segun ellos era la llave de la verdadera filosofía. De todo lo cual da noticia el mismo san Agustin en la epístola 1.^a en la 118, y en los libros que escribió contra los académicos. Arcecia, filósofo griego, que floreció trescientos años antes de Jesucristo, fue el príncipe y cabeza de esta secta, que intentó reducir el método de disputar al modo del de Sócrates, no afirmando ni estableciendo nada, pero impugnándolo todo, como dice Luis Vives sobre el capítulo 12 del lib. VIII de la Ciudad de Dios de san Agustin.

CAPÍTULO XI.

Como trató y conferenció sus dudas con los Católicos.

21. Además de lo dicho no juzgaba yo que podían bien defenderse aquellos lugares de vuestra Escritura, que los Maniqueos reprehendían é impugnaban; pero deseaba verdaderamente tener alguna ocasion de comunicarlos y conferenciarlos todos en particular con algun hombre muy docto y muy versado en la sagrada Escritura, y ver cómo él los explicaba y entendía.

Porque ya me habian comenzado á mover

estando yo en Cartago, las razones de Helpidio, que públicamente predicó y disputó contra los Maniqueos, habiendo alegado tales textos de la sagrada Escritura, que no se podían resistir ni darles fácil respuesta; y la que dieron los Maniqueos me había parecido muy endeble y flaca. Aun esta no la manifestaban fácilmente en público, sino secretamente á nosotros los de su secta, diciéndonos que las Escrituras del Nuevo Testamento habían sido falseadas por no sé quiénes, que quisieron mezclar y unir la ley de los judíos con la fe de los cristianos. Pero ellos no probaban esto, ni nos mostraban algunos otros ejemplares incorruptos, y que estuviesen sin la mezcla que decían. Mas mi costumbre de no pensar ni imaginar sino cosas corpóreas y abultadas, me tenía tan preso y poseído, que como si las tuviera sobre mí me oprimían y agobiaban las mismas corpulencias de las cosas, bajo de cuya pesadez anhelaba fatigado, sin poder salir á respirar el aire puro de vuestra verdad.

CAPÍTULO XII.

Del engaño que practicaban en Roma los discípulos con sus maestros.

22. Como el venir á Roma fue para enseñar allí el arte de retórica, lo comencé á ejecutar con toda diligencia: al principio junté en mi casa algunos estudiantes que habían tenido noticia de mí, por los cuales también se divulgó mi fama; y antes de mucho conocí que tendría que sufrir en los estudiantes de Roma muchas cosas que no había experimentado en los de África. Pues aunque me aseguraron que en Roma no se ejecutaban aquellas *eversiones* y burlas perjudiciales que hacían los jóvenes perdidos de Cartago; pero también me informaron de que allí los estudiantes por no pagar al maestro se conspiraban repentinamente muchos de una vez y se pasaban á estudiar con otro, faltando á su fe y palabra, y haciendo poco aprecio de la justicia por amor del dinero.

También á estos los aborrecía mi corazón, aunque aquel odio no era muy justo y perfecto;

porque acaso mas aborrecia el perjuicio que de ellos se me habia de seguir, que el que hiciesen aquellas injusticias, que á todos les son ilicitas.

Como quiera ellos verdaderamente afeaban sus almas, y se divorciaban y separaban de Vos, amando unas burlas y engaños que vuelan con el tiempo, y una ganancia de lodo que no se puede coger sin ensuciarse la mano: abrazando el mundo que huye, os despreciaban á Vos que sois permanente, y que estais llamando el alma que os ha dejado, y perdonais las ofensas que os ha hecho, como vuelva y se convierta á Vos. Yo aborrezco ahora tambien á semejantes hombres depravados é iníquos; al paso que amo y quiero que se corrijan y enmienden, para que estimen la doctrina que aprenden mas que á su dinero; y á la misma doctrina y enseñanza os antepongan á Vos, Dios mio, que sois la verdad por esencia, la abundancia de todo bien seguro y cierto, y la union y paz castísima de las almas. Pero entonces mas repugnaba yo que fuesen malos, mirando á mi interés, que deseaba que se hiciesen buenos, atendiendo á vuestro amor.

CAPÍTULO XIII.

Como fue enviado á Milan por catedrático de retórica, donde fue bien recibido de san Ambrosio.

23. Así con la noticia que tuve de que los magistrados de Milan habian escrito á Simaco ¹, prefecto de Roma, para que proveyesse á aquella ciudad de un maestro de retórica, dándole tambien su pasaporte ² y privilegio de tomar postas, y costeándole el viaje, yo mismo solicité que se me propusiese asunto para un discurso oratorio, y oido y aprobado me enviase allá el prefecto. Para esta pretension me valí de los mismos que estaban embriagados con los errores maniqueos; de los cuales iba á librarme en Milan, sin saberlo ellos ni yo.

Llegué, pues, á Milan ³, y fui á ver al obispo Ambrosio, fiel siervo vuestro, varon celebrado y distinguido entre los mejores del mundo: quien en sus pláticas y sermones ministraba entonces diestra y cuidadosamente á vuestro pueblo vuestra doctrina, que es para

las almas aquel pan que las sustenta, aquel óleo que les da alegría, y aquel vino que sóbria y templadamente las embriaga. Pero Vos érais quien me conducíais y llevábais á él ignorándolo yo, para que despues sabiéndolo, me llevase y condujese él á Vos.

Aquel hombre, todo de Dios, me recibió con un agrado paternal, y todo el tiempo que estuve allí, aunque extranjero, me trató con el amor y caridad que debia esperarse de un obispo. Yo tambien comencé á amarle, aunque al principio le amaba no como á doctor y maestro de la verdad (la cual no esperaba yo que se pudiese hallar en vuestra Iglesia), sino como á un hombre que me mostraba benignidad y afición.

Yo le oía cuidadosamente cuando predicaba y enseñaba al pueblo, aunque mi intención no era la que debia ser, pues iba como á explorar su facundia y elocuencia, y á ver si era correspondiente á su fama, ó si era mayor ó menor de lo que se decia. Yo estaba atento y colgado de sus palabras, pero sin cuidar de las cosas que decia, antes las menospreciaba: me deleitaba con la dulzura y suavidad de sus sermones, que eran mas doc-

tos y llenos de erudicion que los de Fausto, bien que no tan festivos y halagüeños por lo que toca al modo de decir; en cuanto á lo sustancial de las doctrinas y cosas que decian, no habia comparacion entre los dos; porque Fausto caminando por los rodeos, engaños y falacias de los Maniqueos, se apartaba de la verdad; y Ambrosio con la doctrina mas sana enseñaba la salud eterna. *Pero esta salud está lejos de los pecadores*, como entonces era yo, aunque me iba acercando á ella poco á poco, sin saberlo ni advertirlo.

NOTAS.

¹ Simaco es aquel célebre personaje de la ciudad de Roma, cuyos escritos se han conservado y llegado á nuestros tiempos, el cual por su nacimiento ilustre, por sus empleos honoríficos y por su talento y elocuencia habia sido escogido por la nobleza de Roma, para que hiciese frente á los progresos del Cristianismo, y se opusiese á la destruccion de los idolos; pero de él triunfó gloriosamente san Ambrosio.

² Todo esto me parece dió á entender san Agustin diciendo: *Impertita etiam evectioe publica*. Véase la edicion del P. J. M. y á Budeo.

³ San Agustin permaneció en Cartago desde el

principio del curso del año 377 hasta cerca de las vacaciones del año 383; con que estuvo enseñando allí retórica por espacio de seis años; y así en Roma estuvo solamente algunos meses, pues en el año de 384 fue cuando salió de allí para Milan.

CAPÍTULO XIV.

Como oyendo á san Ambrosio, fué poco á poco saliendo de sus errores.

24. No solicitando yo aprender lo que predicaba Ambrosio, sino oír solamente el modo con que lo decia, que era el cuidado único y vano que me habia quedado, perdida ya la esperanza de que hubiese para el hombre algun camino que le condujese á Vos; juntamente con las palabras y expresiones que yo deseaba oír, entraban tambien en mi alma las doctrinas y las cosas de que yo no cuidaba; porque no podía separar las unas de las otras. Y abriendo mi corazón para recibir la discrecion y elocuencia de estas palabras, se entraba al mismo tiempo la verdad de sus sentencias; pero esto era poco á poco y por sus grados. Porque primeramente comencé á sentir que tambien aquellas doctrinas podian

defenderse: despues ya juzgaba que positivamente se podía afirmar con fundamento la fe católica, que hasta entonces me habia parecido que nada tenia que responder á los argumentos con que los Maniqueos la impugnanaban; y especialmente despues de estar instruido en uno y otro sistema, y haber visto disueltas las dificultades que me hacian algunos pasajes oscuros y enigmáticos del Antiguo Testamento, los cuales, tomados segun el sonido de la letra, no los entendia bien, y *daban muerte á mi alma.*

Viendo, pues, declarados en sentido espiritual muchos pasajes de aquellos libros sagrados, ya me reprendia aquella preocupacion en que habia estado, creyendo que los libros de la ley y de los Profetas no se podian explicar de modo que se diese satisfaccion y respuesta á los que los detestaban y se burlaban de ellos. Mas no por eso me parecia que debia yo seguir el camino de la religion católica, por tener ella tambien hombres doctos que la defendiesen, respondiendo abundantemente y con fundamento á las objeciones de los contrarios; ni tampoco creia que debia ya condenar la que hasta allí habia se-